AÑO I — Santiago de Chile, Primera Quincena de Junio de 1908 — NÚM. 3

LA PROTESTA

PERIÓDICO OBRERO

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

Valor del número suelto

5 CENTAVOS

La correspondencia diríjase á ANTONIO PÉREZ, CORREO 3, CASILLA 1.

AGENCIAS DE «LA PROTESTA»

Alameda 1737 (Cigarrería).
San Diego 107 (Librería Las Ciencias).
Diez de Julio 1660.
San Pablo 1686.
San Diego 375.
San Diego 69.
San Diego 813.
Errázuriz 814.

A los que simpaticen con "La Protesta"

Invitamos á los que crean útil nuestro periódico, que asistan á las reuniones del grupo editor, que tienen lugar todos los Domingos á las 10 A. M., en Alameda 1737.

Advertimos que nuestra situación económica, como la de todo periódico que no quiere contemporizar con lo malo, necesita afirmarse por la cooperación del mayor número de compañeros.

A los obreros partidarios de la propaganda gremial y sindicalista, los convidamos á colaborar en nuestras columnas. Invitamos también á los secretarios de las sociedades gremiales á participar en la colaboración material é intelectual.

Querríamos hacer del periódico un foco de propaganda, á la vez que un amigo desinteresado de la organización obrera.

ES INÚTIL

Se ha publicado una lista de los candidatos por que trabajará el llamado partido demócrata en el próximo carnaval político, ó renovación del Congreso, como vulgarmente se dice.

Aunque el órgano democrático ha dicho que esos no son los candidatos del partido, el hecho es que sean esos ó sean otros, para el caso que vamos á tratar poco ó nada significan los nombres, aun cuando en la lista aludida figuran personas ruidosamente expulsadas de ese partido por el delito de alta traición.

En efecto, la manumisión del obrero no depende absolutamente de la calidad ó del número de las personas que vayan en su nombre al Congreso. La solución del problema social no es cuestión de hombres ó de nombres, como algunos cándidos se imaginan, sino una cuestión de régimen ó sistema que, devolviendo á la humanidad á su cauce natural, haga imposible la explotación del hombre por el hombre. Más claro: lo que precisan los productores no es una ó más reformas en el régimen económico actual, este ó aquel parche en la Constitución ó en los Códigos, quitar éste ó poner aquel puntal al ruinoso edificio del Estado, sino que necesitan de una transformación sustancial, de una renovación completa en los modos de producir y de consumir los productos naturales y de la industria.

Mientras el régimen actual siga imperando, será completamente inútil la acción parlamentaria, toda vez que esa acción no puede innovar en sentido favorable para los intereses populares, por la resistencia que opone la burguesía á las reformas trascendentales; y las pequeñas mejoras que se consiguen desde el parlamento—cuando llegan á conseguirse — son inmediatamente anuladas por la acción burguesa extraparlamentaria. Esto explica por qué la rebaja de los impuestos, acordada por las Cámaras hace poco, no aminorará la carestía general que padece el pueblo, aun cuando esa rebaja alcance al máximum acordado.

Y esto, en el mejor de los casos, suponiendo que los diputados que dicen representar al pueblo hagan uso honrado de su investidura y no vayan al parlamento a servir de lacayos de la burguesía, como más de una vez ha ocurrido entre nosotros.

Decimos esto porque hace más de diez años que la acción democrática se hace sentir en el parlamento, aunque en insignificante minoría, sin que el pueblo obrero haya obtenido la más mínima mejora, ni siquiera en relación al número de diputados pue en su nombre se sientan en la Cámara.

Los demócratas alegan que la representación es exigua, y, de consiguiente, exiguos ó nulos han de ser también los resultados.

A primera vista parece ésta una razón de peso. Pero si bien se examina, no es más que una táctica para justificar ante los electores la necesidad de ir al Congreso en mayor número.

Más tarde, si por acaso llegasen a elevar su número á diez representantes, se excusarían de su esterilidad alegando que *no son mayoría.*

Sin embargo, hay parlamentos europeos, como el alemán, que ha contado hasta ochenta diputados socialistas, lo que no impide que los trabajadores vivan en la miseria ó sean frecuentemente masacrados, á veces por los mismos ministros socialistas. Tal ha ocurrido en Francia.

Es una ilusión la que alimentan algunos obreros, al creer que llevando diputados al parlamento va á cambiar la situación de penuria que todos padecemos por igual. Profundo error. Esos obreros no piensan que una delegación de facultades equivale en política á una abdicación. Y así lo estiman los diputados, pues mientras aparentan trabajar por los intereses de los productores, lo que hacen en realidad es trabajar por sus propios intereses. Los ejemplos huelgan. Y si hay algún diputado que todavía aparece como exento de cargos, esperemos: ya le llegará su turno.

Esto es así porque no puede ser de otro modo. El parlamento simula un reñidero, donde no se riñe de veras. Lo efectivo es que todos los representantes están unidos por un acuerdo tácito para devorarse el presupuesto. Los demócratas, menos que nadie, están preparados para resistir esta tendencia que abate los más altivos caracteres. La serpiente de la tentación se insinúa, ruega, invita a probar la fruta prohibida, deslizada en forma de cheques de Banco ó en la concesión de una pitanza.

Es sensible que se pierdan tiempo y energías en ensayos cuyos resultados se conocen de antemano.

Es necesario convencerse algún día. La mentira no dejará de ser tal porque sean los demócratas quienes la pregonan. Y la mentira política—que es la forma más puerca con que se engaña á las multitudes—no puede dar otros frutos que los que ya se conocen: buena situación personal para los audaces que dirigen el rebaño; para el pueblo... desengaños, y nada más que desengaños.

Esta es la verdad.

Y mientras el Sindicalismo y la Cooperación por un lado, la Asociación de Resistencia y la Huelga por otro, no capaciten al obrero para ser dueño de sí mismo y ensayar en pequeño el Comunismo y la Anarquía, es inútil emplear las actividades populares en dar patente á cuatro audaces para que vayan á explotar el presupuesto en provecho propio ó de un reducido número de sus parciales.

ORGANIZACIÓN Y L[illegible] SU A

La realidad de los hechos nos demuestra que el Capital es un vampiro insaciable que no se ahita jamás de ingerir sangre proletaria.

Y son sus esclavos los que, desde antes que el sol eche sus luces hasta bien entrada la noche, agotan sus energías en un taller inmundo, en el campo abrasados por un sol de fuego o entumecidos por un frio glacial, ó bien en el fondo lóbrego de las minas, y vense forzados a laborar eternamente, sin esperanza alguna de redimirse algún día.

No tienen esos esclavos otra perspectiva que su oscuro porvenir, y ante su vista voltejea siniestramente el espectro del hambre,—sobre todo en el último tiempo, en que el Capital ha producido una situación de penuria para la clase pobre como jamás la concibieron los cerebros más pesimistas.

Entretanto, el dios Capital—dios Moloc que no se harta de sacrificios humanos—contemplа con faz hierática el clamor de sus víctimas, mientras su ancha tarasca engulle en forma de monedas la sangre de los productores, para que los favoritos del dios vayan a derrocharla sobre el tapete verde ó á botarla á los pies de perfumadas prostitutas.

Y mientras así despilfarran el fruto de ajeno trabajo, los privilegiados se molestan con el reclamo de los aplastados por las ruedas de su carro, y ordenan á la falange de sus servidores que acallen á metrallazos el acento dolorido de los caídos, de los aplastados por la omnipotencia de su soberbia.

Pero ese predominio que destruye vidas y envilece los caracteres, es necesario sea sacudido por los productores. Si hasta hoi han esgrimido en forma deficiente sus armas de defensa, es indispensable apercibirse á la lucha por medio de la organización gremial.

Solamente cuando los trabajadores estén fuertemente organizados en sociedades de acción y de lucha que remuevan y agiten la conciencia obrera, será llegado el caso de presentar batalla al enemigo, hasta detener el carro de sus triunfos é impedir que sus ruedas sigan aplastándonos y triturándonos.

Paralelamente á la organización debe estar la acción y la propaganda social, preparando conferencias y, si es posible, llevando al teatro las producciones obreras que caractericen el presente momento histórico.

Pero no nos detengamos en la organización gremial. Es también necesario estimular, propiciar y practicar el sabotaje y el boycot, que bien esgrimidos y dirigidos aniquilan y desconciertan á los capitalistas.

Lucha y organización debe ser la voz de orden entre los trabajadores conscientes.

«Las aparentes derrotas de hoy, es la preparación para el seguro triunfo del mañana.»

E. MUÑOZ C.

MACANAS

A la Sección de Seguridad le es absolutamente indispensable justificar su existencia. ¿Y cómo podríamos pasarnos sin el diario espectáculo de su barbarie inquisitorial?

Esa Inquisición necesita además ocupar en algo sus ocios, aun cuando más no sea en hacer daño, en torturar moral y materialmente á las personas.

Por eso se ha dado á imaginar complots ridículos y comedias absurdas, cuyos papeles corren á cargo de sus propios agentes.

El juego no es nuevo. Y lo que hacen los sabuesos, no poseyendo inventiva propia, es imitar servilmente el sistema europeo, copiado en su oportunidad por la República Argentina.

Tarde llegan aquí las modas, pero al fin llegan.

Los agentes se disfrazan de anarquistas, su cara toma un aspecto de asustaniños, introducen furtivamente en una pieza unos ácidos, unos matraces, unas retortas y unas probetas. De este conjunto de aparatos misteriosos y espeluznantes toman pié los esbirros de la Sección para encarcelar á obreros con bastante independencia para eludir las sociedades de josefinos.

El juego es altamente ridículo, pero eso no obsta para que algunos compañeros que se distinguen por su altivez y clara inteligencia, sean las víctimas escogidas por estas macanas policiales.

CONSEJOS

Dice el monárquico: súbdito del rey, suda y trabaja, obedece á las leyes, sea cuando por mano del recaudador de impuestos te hambrean, sea cuando por voluntad del patrón te condenan á un trabajo matador que agota. Obedece también á las leyes, aunque no las comprendas, porque sin leyes los hombres se devorarían como otros tantos lobos y el orden no reinaría sobre la tierra.

Verdad que tienes la miseria, pero piensa que sin tu miseria tu Patria no sería grande y temida porque tus privaciones no son derrochadas en vano.

Si el hambre te hace desesperar, vuelve la vista á los grandes beneficios de la civilización, y entonces encontrarás el heroísmo de ser siempre un buen patriota.

¿Y qué cosa es el hambre cuando se puede oir la alegre fanfarra de los rejimientos que desfilan, compuestos de oficiales y de valientes soldados, prontos á morir por el Rey y por la Patria, resplandecientes de oro y de galones, que reflejan bajo el sol destellos de luces gloriosas? Mira al benemérito carabinero, listo para echar el guante al vagabundo, al ladrón y al asesino, y dime si no es de sentirse glorioso por tal orden de cosas.

¡La miseria! Si la miseria no perjudica! Mira: si no fuese rico y no viviese de mis rentas y de mis propiedades, me sentiría el más feliz de los hombres al producir: muero de fatiga y de hambre por la grandeza de mi Patria.

Guárdate bien, súbdito del rey, de las insidias subversivas que querrán reducir

la cuestión social á una simple cuestión de vientres. Así para darte pan destruirían también al ejército, para mantenerte la carne destruirían la monarquía, para hacerte beber vino á pasto suprimirían también nuestras gloriosa flota que en Lissa combatió heroicamente contra el extranjero opresor de la Patria.

Piénsalo bien: para ser grande, la Patria espera tu sacrificio, tu sumisión incondicional a la Patria; nuestra Patria (me siento humedecer los ojos al pronunciar su adorado nombre) tiene de todo; no nos falta nada, y un buen operario como tú, aún hambriento, no puede por ménos que amarla, porque la Patria es la Patria.

Mándame al parlamento, y verás cómo esta canalla de anarquistas, que prefieren el pan y la libertad a una Patria grande y fuerte, tendrán galeras y plomo.

Dice el republicano: ciudadanos, habéis nacido para ser libres, y la libertad, por consiguiente, es posible con la república, que es lo que quiere el pueblo soberano.

El pueblo soberano ¿entendéis? quiere decir la conciliación de las clases entre sí: el rico hermano del pobre y el pobre hermano del rico. No más reino, no más aristocracia, todos iguales ante la ley.

El capitalista aporta su fortuna y el obrero su brazo: he ahí la felicidad para todos, he ahí la verdadera igualdad; el rico que va en carroza y el pobre que va á pie, son dos ciudadanos con los mismos derechos.

El ciudadano obrero, como parte inteligente del pueblo soberano, elegirá junto con los demás ciudadanos á otro ciudadano, para hacer leyes democráticas en el parlamento á fin de que todos cumplan con sus deberes; esto es a fin de que el rico no se olvide de ser rico y el pobre, de ser pobre. Esta es la verdadera libertad.

Algún anarquista os querrá decir que es injusto que para vosotros haya quienes sufren mucho y quienes gozan demasiado, pero no les déis oído; él es un pescador á río revuelto, porque si no los favorecieran los ricos, ¿quién haría trabajar á los pobres? Y si se aboliese la propiedad, la patria, la ley, ¿cómo se podría vivir?

Un buen ciudadano no puede pensar en esta extravagancia de locos y de enemigos de la libertad! Después de todo, nuestra gloria, nuestra historia valen bastante más que el pan cuotidiano.

¡Los hombres, caramba! no tienen nada de bestias: ellos deben saber sufrir heroicamente su propio destino sobre la tierra si quieren gozar de los beneficios del orden y del progreso.

Ciudadanos: mandadme al parlamento, y la patria con vuestro sacrificio y mi experiencia será grande y respetada.

Dice el sacerdote: cuanto más sufras en esta tierra, más grande será tu felicidad en el cielo.

No te dejes tentar del demonio, obedece á tus amos, aunque sean tus enemigos, y no envidies al que goza, y aún ruega por los ricos ¡pobrecitos! que tanto lo necesitan para que Dios pueda recibirlos en el Paraíso.

Si tu trabajo no te da suficiente pan, soporta con alegría la miseria, no procures averiguar la causa, porque mientras más hayas sufrido, más grande será tu felicidad eterna.

No murmures bajo los azotes, no te rebeles contra la injusticia, sufre, ama á tu párroco para que no padezca, y gozarás de la vida eterna.

Dice el anarquista: si el monárquico se alaba de la gloria de su patria, exalta tu sumisión y declara santo tu sufrimiento, es porque allí en la gloriosa patria él tiene sus bienes, su defensa en el ejército y en la armada, y en las leyes la sanción de sus rapiñas y privilegios; pero tú ¡oh súbdito del rey! que no posees nada, debes combatir todas esas inmundicias gloriosas, todos estos caníbales sagrados que son la causa de todos tus males.

Si el republicano alaba el amor de las clases y la concordia entre ricos y pobres, es porque quiere explotar tu candidez y tu trabajo. En la Patria ¡oh ciudadano! nada posees y nada tienes allí que defender, pero mucho que conquistar con tu rebelión.

Si el fraile glorifica tus padecimientos, ¿por qué él no los sufre también á tu lado, para morir más pronto y anticipar su felicidad eterna?

Porque es un mistificador. Si te recomienda en nombre de Dios la humildad, es por su alianza con los patrones en la explotación común. Y tú, pobre creyente, si quieres gozar alguna vez de la alegría de vivir, piensa que tu cielo está aquí en la tierra y no en otra parte.

Todos, finalmente, quieren sacar algo de ti ¡oh trabajador! El fraile te pide limosna para las almas benditas del Purgatorio; el monárquico, tu obediencia y tu voto; el republicano, tu fidelidad y sumisión á las leyes, y tu voto; el socialista, tu fe en los grandes caudillos, y tu voto.

¿Y por qué hombres tan diversos entre sí te piden sobre poco más ó menos la misma cosa?

Porque ellos quieren dominar en tu nombre, es decir, oprimirte con tu aprobación.

Y nosotros los anarquistas ¿qué te pedimos?

Unicamente que te rebeles contra todo [illegible] todos, *para vivir libre y feliz [illegible] de ninguna especie.*—(Traducido [illegible] *caeglio.)*

ADOQUINES!...

Ya se tr. te de una revolución del Estado, de la solidez de un Banco, de una Maffia ó un descarrilamiento, el repórter, cuartilla en mano y sin quitarse siquiera el sombrero, decide de dos plumazos; y así de las cosas de la tierra como de las del cielo. Ningún estudio, documento ni certeza.—*Eça de Queiroz.*

Bien así con la repugnancia—y resolución—necesarias para echarnos entre pecho y espalda una dosis purgativa, he estado leyendo estos días los chorizos salidos del cacumen de nuestros incomparables «chicos de la prensa»...

Y á fe que después yo mismo me he preguntado sobre la paciencia mía para seguir de cabo á rabo tan torpes, mentirosos, truhanescos y ridículamente sonsos relatos.

Pero era necesario hacerlo.

Sí, era necesario para afirmarme, atando imbecilidades y contradicciones, en la farsa ideada y puesta en solfa, que podría decirse, de los flamantes, pero todavía bisoños, portavaras de las infamias pesquisitivas.

Y también para asomarme al alvéolo —estercolero iba á decir—de esos pazguatos que han recibido—no se sabe de quién—el encargo de guiarnos á todos en el inextricable laberinto de la vida cotidiana.

Estos chicos, tan listos para pescar el nombre del don Fulano que se va á su hacienda á estornudar, ó el de la dama que en el baile tal lució calzones con miriñaques confeccionados por Mad. Cabrolié, se han dejado esta vez, con un par de excepciones, meter no sólo el dedo, sino ambas manos, en la boca, como unos simples—que son—por los peligrosos cómicos de la Seguridad.

Y han hecho estremecer las rotativas de sus amos con relatos más ó menos espeluznantes, pero siempre solemnemente estúpidos.

Miren ustedes que tragar así, cándidamente, cuanta imbecilidad han querido echar á rodar los pesquisas ó los ociosos, desde aquellas declaraciones cantinescas hechas de voz en cuello por un *anarquista* á media mona, hasta las anotaciones de los *planos* esos, en que al negro Montt se le trataba con todo respeto de *excelencia*, ¡vamos! es para reir un mes seguido.

Sin duda que la nota mayor la dió el Claudio aquel de *La Unión*, que agarró la ocasión como caída de las nubes, para seguir en la tarea de fastidiar á sus lectores con sus hilvanaduras de cronista criminal—sí, bastante criminal—á punto de cortarse ya con el esfuerzo de los «estrangulados» y demás fantasías que le han valido el puesto de secuaz de don Eugenio, con sueldo y *honores*.

La verdad: yo haría con todos esos adoquines de «chicos» algunas yuntas—las que alcanzaran á hacerse—para que uncidos á uno de los carretones de la de aseo, pasearan por la ciudad las *inteligentes* figuras de don Eugenio Castro y sus ayudantes de campo en esta divina comedia inventada para hacer méritos ante el Presidente Montt; paliar la masaguada de Sánchez Besa; matar las huelgas, y preparar la ley de residencia que asoma ya sus abominables contornos.

Y á fe que sería ésa una apoteosis digna de todos ellos.

L. RIDEAU.

EN MEMORIA
DE LAS VÍCTIMAS DE IQUIQUE

(MÚSICA DE «LA AUSENCIA»)

I

Canto la Pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación;
donde las aves nunca gorjean,
donde no crece la flor jamás,
donde riendo nunca serpea
el arroyuelo libre y fugaz.

II

Año tras años por los salares
del desolado Tamarugal,
lentos cruzando van por millares
los tristes parias del capital:
sudor amargo su sien brotando,
llanto sus ojos, sangre sus pies,
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués.

III

Hasta que un día, como un lamento
de lo más hondo del corazón,
por las callejas del campamento
vibró un acento de rebelión;
eran los ayes de muchos pechos,
de muchas iras era el clamor,
la clarinada de los derechos
del pobre pueblo trabajador.

IV

«Vamos al Puerto, dijeron, vamos,
con su resuelto, noble ademán,
para pedirles á nuestros amos
otro pedazo, no más, de pan.»
Y en la misérrima caravana
al par del hombre marchar se ven,
la amante esposa, la madre anciana,
y el inocente niño también.

V

¡Benditas víctimas que bajaron
desde la Pampa, llenos de fe,
y á su llegada lo que escucharon,
voz de metralla tan sólo fué!
¡Baldón eterno para las fieras
masacradoras sin compasión!
¡Queden manchados con sangre obrera
como un estigma de maldición!

VI

Pido venganza para el valiente
que la metralla pulverizó;
pido venganza por el doliente
huérfano triste que allí quedó;
pido venganza por la que vino
tras del amado su pecho á abrir:
pido venganza para el Pampino
que como bueno supo morir.

Por medio de la palabra patria, de padres á hijos y desde hace más de un siglo, se nos engaña, se nos esclaviza y se nos embrutece.—*C. Albert.*

NAKENS

Los cablegramas europeos nos han traído la noticia de la libertad concedida á José Nakens, con motivo del cumpleaños de cierto fantoche de la dinastía borbónica española. Hemos sentido un profundo regocijo al leerlo, porque es una prueba de lo que puede ya la naciente solidaridad de los pueblos, ese hermoso sueño que se realiza á despecho de todos por la confraternidad de los humildes.

En efecto, la campaña pro-Nakens, como la pro-Ferrer, se ha hecho principalmente fuera de España y con el concurso de los hombres justos y avanzados de todas las naciones. Semejante al caso Dreyfus, en que el orbe entero tomó la defensa de la justicia, al de Montjuich y á los famosos de la Mano Negra, que tanto eco despertaron en Inglaterra, Italia, Bélgica y Francia, se ha arrancado hoy, por efecto de una agitación internacional, una concesión que la burguesía inquisitorial se apresura *a posteriori* á declarar voluntaria, para disfrazar su derrota y su vergüenza.

Nakens y Ferrer son dos nombres que tendrán su sitio en la Crónica de los Mártires de la Civilización. Aunque personalmente desligados del hecho que dió origen á su irrisorio proceso, se les eligió, precisamente por su significación moral é intelectual, como víctimas para calmar con su sacrificio los terrores y las ansias sanguinarias de la burguesía espantada después de la explosión de la calle Mayor en Madrid.

La única relación material existente entre Ferrer y Morral, autor del fallido atentado contra el reyezuelo, era la derivada de haber colaborado Morral con sus aptitudes lingüísticas en la marcha de la Escuela Moderna de Barcelona, dirigida por el primero. Y la única que pudo unir á Nakens con el justiciero anarquista, fué el amparo que Nakens le concedió después del suceso para satisfacción de su conciencia y por «no interponer entre su avanzada edad y su muerte un patíbulo que hubiese hecho su vejez miserable.»

En una carta de la cual extractamos estos renglones, Nakens, el periodista honrado que desde *El Motín* ha combatido sin tregua y con igual ardor á la realeza, al clero, al socialismo y á la anarquía, se esfuerza en exponer que su acto no proviene de confraternidad política, sino de sentimientos humanitarios: aún expresa magnánimamente que hubiera procedido de igual suerte, caso de ser el rey quien solicitase su defensa. ¡Qué ejemplo de fortaleza y dignidad para tantos que inconscientemente desempeñan el papel de policías y para otros que están dispuestos á serlo por cualquier mendrugo, tira bordada ó puesto oficial! Ese fué el solo delito de Nakens: negarse á entregar una presa apetecida á los sabuesos, enardecidos en la caza.

El encarcelamiento que la monarquía jesuítica española había impuesto al mártir del libre pensamiento, habríalo conducido seguramente á la muerte, á no interponerse una ola de indignación general que por fin ha conseguido su objeto: el viejo republicano Nakens vuelve á su puesto de rebelde é inaugura su futura actividad de propaganda con una lección nueva. Protesta de que se proyecten manifestaciones de agradecimiento al trono á propósito del rescripto libertador.

Sin embargo, los republicanos españoles, al decir de los telegramas, habrán iniciado ya serviles aproximaciones al gobierno para demostrarle hasta qué punto degenera y envilece el juego parlamentario y caciquista en que viven sumergidos.

Nosotros, que no compartimos las teorías sociales de Nakens, nos complacemos altamente desde esta tierra por su vuelta á la lucha por el hombre mismo, héroe de la conciencia individual con el mismo título que Giordano Bruno, héroe que osó insurgirse contra la mezquindad burguesa que de cada ciudadano hubiera

querido hacer un gendarme para resguardar sus canallescos tesoros. Pero nos complacemos más aún en registrar un avance de la humanidad en marcha, precursor de nuevos triunfos, y desearíamos ver este esfuezo extendido por la agitación obrera á tantos modestos luchadores populares, que en Chile y en todo el mundo, bajo la república ó bajo la monarquía, pagan con la prisión su denuedo y su altivez.

Proletariado

El pueblo—la Inglaterra, la Francia, (todas las naciones) lo saben—el pueblo es para los posesores del capital una materia prima y también un instrumento, entre todos el peor mantenidoporque es el más abundante, porque las filas de los hombres son explotadas tanto en la vida como en la muerte. Este instrumento viviente es dirigido contra sí mismo por la habilidad fatal de algunos directores i por efecto de un orden de cosas impío, resultante del antiguo espíritu de asesinato y de conquista: crea toda la vida i no obtiene para sí sino la garantía de una muerte lenta.

¡Esta materia es la sustancia sagrada de la cual se forman los grandes sentimientos, los pensamientos creadores, el genio de las ciencias y de las artes, porque todo vuelo del espíritu ó expansión del corazón suponen el bienestar del hombre, y el bienestar supone el trabajo incesante y necesario de las masas humanas.

Pero esta materia, pueblo, es también el sacrílego alimento de los tiranos, de los opresores de arriba y de abajo, de los ociosos, de aquellos cuyo trabajo sólo consiste en explotar al prójimo.

Se debe convenir en que la antropofagía ha sido más bien transformada que abolida en la especie humana. El hombre depravado y decaído come primero la carne sanguinolenta del hombre, y el asesinato es la ley de las naciones; enseguida el conquistador se apodera de la tierra, del oro, de toda la producción, y se apropia la vida del conquistado, del vencido que se reserva para usar de él, para explotarle según su buen placer: es la esclavitud.

Más tarde, el esclavo se hace libre en su persona y permanece propiedad de otros por su trabajo, complemento de un dominio: es la servidumbre.

En fin, el siervo se redime y comienza á elevarse con la apropiación personal de la tierra y de la industria; empero, queda las más de las veces jornalero asalariado, proletario; es decir que, sin capital, sin instrumentos de trabajo, sin campos que le pertenezcan en cantidad suficiente, está obligado á sufrir las condiciones del crédito ó del trabajo que le sean ofrecidas, cualesquiera que sean y sin que le sean garantidos los medios de subsistencia por los detentadores actuales de todo lo indispensable para la vida de la sociedad.

Estamos en este punto. Todas las transformaciones del derecho del más fuerte no son más que estados sucesivos de la antropofagía. Por cierto que no es vivir carecer de la sustancia necesaria para la reproducción de la raza, para el bienestar social.

CONTESTANDO

Señor don Fran. Gajardo R.

Presente.

Estimado compañero:

El grupo editor de este periódico se ha impuesto del contenido de su carta, y no puede aceptar el criterio con que usted juzga la misión de la prensa obrera.

En efecto, ésta no debe tener por única divisa *convencer*, sino mni principalmente *defender* la doctrina de los maliciosos ataques de los que pretenden justificar sus villanías ó sus transfugios haciendo fuego sobre nuestro campo.

La propaganda debe hacerse para los convencibles, para los que reputamos sinceramente en el error. ¿Cómo podremos aplicar el mismo criterio á los no sinceros, al tránsfuga que va tras su encumbramiento personal engañando á los trabajadores, al pesquisa que nos vende como un judas, ó al bribón que nos traiciona para congraciarse con los patrones?

Estamos de acuerdo con usted, pero solamente respecto de las personas de buena fe. Para éstas la propaganda debe hacerse en términos generales. ¿Y cómo podría ser de otro modo?

Mas, respecto á los que por maldad ó con fines ocultos pretenden estorbar nuestro camino, debemos echarles en cara su fea acción, y junto con esto, puntualizar sus malos manejos que se rozan con el progreso social á objeto de entorpecerlo. Esta sanción moral pública es el único correctivo que puede poner á tales sujetos en camino de enmendarse.

Creemos habernos juntado para tremolar en alto el pendón de la verdad y de la justicia, no para contemporizar con la mentira y la maldad.

La prensa obrera debe ser cátedra de enseñanza, pero también látigo alzado en alto contra los pícaros.

Salud.

El grupo editor.

EL ESTADO

Un individuo come hongos y se envenena; pero recurre al médico, toma un vomitivo y salva. En seguida va donde su cocinero:

—Los hongos en salsa blanca—le dice—me envenenaron ayer. Desde mañana los quiero en salsa negra.

Nuestro individuo come los hongos así dispuestos. Segundo envenenamiento, segunda llamada del médico y segundo vomitivo.

—¡Diablos!—le repite al cocinero—no más hongos en salsa blanca ni en salsa negra. Dámelos fritos.

Te.cer envenenamiento, tercera llamada al médico y tercer vomitivo.

—Lo que es ahora—exclama nuestro individuo—ya no me dejo atrapar!—Tío Pedro, confítame los hongos!

Y los hongos confitados le envenenan lo mismo que los anteriores...

* * *

—¡Pero ese hombre—dirán ustedes—no pasa de un imbécil! Que arroje los hongos á la basura y se abstenga de comerlos.

Mas yo les ruego que fallen con menos severidad. Porque el imbécil del cuento son ustedes mismos, somos todos, es la Humanidad. Hace cuatro ó cinco mil años que cocinamos el Estado en todas las salsas posibles; cuatro ó cinco mil años que hacemos, deshacemos, tallamos ó limamos Constituciones; y el envenenamiento continúa.

Hemos ensayado con reyes legítimos, con reyes de hecho, con monarquías parlamentarias, con repúblicas federales, con repúblicas unitarias y centralizadoras. Pero lo que más daño nos causa—el despotismo, la dictadura del Estado—lo hemos conservado religiosamente.

ARTURO ARNOULD.

La Acción

Donde la accion se presenta, enmudece la palabra.

La elevación moral del obrero gira al rededor de la acción y no al sonido hueco de los discursos de moral.

La más hábil crítica escrita, el más sútil discurso de los moralistas legalitarios no pudieran resistir al empuje de la más modesta acción revolucionaria del proletariado.

La acción es la más grande manifestación de la energía, y ante ésta queda reducida á la nada la elocuencia.

El mejoramiento del obrero ha estado siempre subordinado á la mayor ó menor energía que ha desplegado contra la burguesía. Un Angiolillo ó Caserio, por ejemplo, han hecho más para infiltrar la energía colectiva entre el proletariado, que todos los discursos de los teóricos.

Meditando sobre estos hechos individuales dentro del movimiento obrero, se llega á la conclusión de que si los sindicatos luchan hoy con más espíritu rebelde y de clase, se debe en parte á los hechos realizados por esos obreros mártires, llamados con desprecio y desdén anarquistas, adjetivo éste que todavía parece que deshonra á muchos revolucionarios.

Las ejecuciones por medio de la metralla, los encarcelamientos y persecuciones burguesas, así como las traiciones de todo género, no han sido suficientes para destruír la gran obra anárquica y su influencia en el movimiento obrero. La acción revolucionaria anárquica ha sido y será la salvación del proletariado de la tiranía burguesa.

Su táctica es y será siempre igual y nueva. Acción y rebeldía inteligente contra la burguesía, dentro y fuera de los gremios.

Nada de discusiones y teorías pacifistas; el tiempo hay que emplearlo en preparar algo práctico é inmediato, para la conquista de los medios de producción y de cambio.

La conquista no será un hecho, si el proletariado permanece indiferente á la explotación capitalista, pues su esclavitud será más duradera cuanto más pasiva sea su actitud.

Si el proletariado ha prosperado, sólo es debido á su acción anticapitalista colectiva, en sus sociedades de oficio y aisladamente fuera de ellas.

Si no hubiera accionado, ¿cómo sería su situación económica y moral?

Sería lo que fué, un pobre esclavo, incapaz de levantar la vista del suelo para no ofender al amo.

La dignidad que hoy posee de hombre libre, de hombre que impone condiciones al amo, se la debe á su inteligente rebeldía, á su acción enérgica.

Ya no le engañará más el capitalista, ofreciéndole la *igualdad ante la ley*. La ley la hará el trabajador y se la impondrá al patrón, mediante su fuerza organizada. Esta es la mejor ley, la cual la burguesía no se atreve á violar, porque no tiene fuerza para ello. El ejército con todo el aparato guerrero y la policía, son impotentes para destruír la solidaridad consciente, y la burguesía, por lo tanto, fracasará ante la acción inteligente del proletariado. La burguesía viola todas las leyes, donde no hay organización de clase, como ocurre á los socialistas que todos sus arbitrajes son papeles mojados.

Donde no hay acción, no hay respeto, y por esto el trabajador debe asociarse en su respectivo gremio para mejorar su suerte, hacerse respetar y emanciparse del burgués.

Cuantos más adherentes conscientes haya en un gremio, más respeto y temor les tiene el patrón; pero si por el contrario hay un gran decaimiento y desorganización, la burla, el escarnio y la explotación no tendrán límites.

R. A. del R.

ANTIMILITARISMO

«Ni un hombre ni un centavo para el Militarismo.»

Combatamos el Militarismo, cumpliendo las decisiones del Congreso Socialista Revolucionario de Amsterdam. El Militarismo es el perro guardián de la sociedad burguesa. El Militarismo es la opresión del Pueblo. El Militarismo es la escuela de los asesinos inconscientes.

Cuando un pobre gañán hiere á un hermano,
los burgueses lo llaman inhumano;
cuando Silva Renard mató á millares,
lo querían poner en los altares.

Para ser general y usar metralla,
se necesita ser un gran canalla.

Por las víctimas

Como consecuencia de la canallesca farsa que ha urdido la policía con el objeto de entorpecer nuestra propaganda emancipadora, todo el mundo sabe que algunos obreros—no importa su color político ó su nacionalidad — han sido arrastrados a la prisión y quizás torturados, como es de práctica en la Sección de Seguridad.

Hacemos una invitación para reunir fondos en favor de los detenidos y para organizar su defensa en combinación con los diferentes grupos que ya la han iniciado.

EL GRUPO EDITOR.

CLUB DE BRUTOS

Leimos y recortamos:

«Un Club notable es el de los hombres brutos, fundado en Nueva Orleans. Para el ingreso en él se requiere la presentación de una solicitud, acompañada de un número determinado de testimonios firmados por personas veraces, en los cuales éstas afirman que el solicitante es el hombre más bruto que han conocido.

Un socio fué expulsado ruidosamente porque se le sorprendió leyendo un diario, siendo como es absolutamente prohibido saber leer.»

* * *

Lo que es entre nosotros, sobrarían socios para un Club de Brutos. Con reclutarlos en las redacciones de los diarios católicos, habría para organizar uno en inmejorables condiciones.

Porque á la verdad se necesita ser mui bruto para aceptar las macanas de un policía, el cual pretende demostrar que sirve para algo, inventando complots ridículos, para luego aparecer como salvador de la patria y de las instituciones!...

¡Qué brutos son esos «chicos de la prensa»!

Crónica extranjera

ESTADOS UNIDOS

El parlamento en Nueva York acaba de decidir, por 270 votos contra 200, restablecer los castigos corporales en las escuelas. Se ha publicado un informe de 200 páginas, sugiriendo los diversos medios de poner en práctica esta medida.

Es un singular ejemplo de la brutalidad de esa burguesía yanqui que no respeta otra cosa que el dinero ganado de cualquier manera, y que parece especialmente desarrollada para demostrar cómo todas las reformas é ideas democráticas se anulan mientras subsisten el dinero y la propiedad privada con su cortejo de hipocresías, avaricias y maldades.

FRANCIA

PALABRAS DE MINISTRO.—El Lunes pasado una delegación de obreros panaderos hacía antesala en el Ministerio del Trabajo. Los buenos obreros habían venido á buscar a su excelencia para quejarse de los procedimientos que los patrones empleaban para esquivar la ley de reposo dominical.

Estos hacían firmar á su obreros, sobre un registro, que reconocian beneficiar del descanso, cuando en realidad no gozaban de él; los delegados obreros reclamaban apresuradamente del señor Ministro sanciones penales contra los patrones y *los*

obreros que así sacaban el cuerpo a la ley.

La respuesta del Ministro merece darse completa:

M. Viviani ha reconocido que el control de la ley se hacía muy difícil por el hecho de que los obreros firmaban en esas condiciones, pero, ha añadido, *que la solución se encontraba, no en una ley nueva que arreglase á los patrones, sino en la organización obrera y su educación.*

Esta respuesta ministerial sale de lo ordinario, y nosotros que siempre nos hemos sublevado contra las peticiones ante los poderes públicos, no vacilaríamos, si supiéramos que se les repetiría lo mismo, en aconsejar á todos los que creen en la Panacea Estado que dieran una vueltecita por el Ministerio del Trabajo.

Quizás si al salir, habrían adquirido más confianza en sí mismos y un poco menos en los gobernantes.--De *Les Temps Nouveaux*, de Marzo 14.

Capital y Estado

Cada vez que una huelga conmueve á esta tranquila ciudad de Santiago; cada vez que un puñado de hombres hartos de sufrir miserias y vejámenes, se lanza á la calle abandonando las diarias herramientas de labor; toda vez que se produce el más mínimo choque entre el Capital esclavizador y el Trabajo oprimido, —entonces los diarios grandes, los respetables comerciantes, los pacíficos rentistas, y todos los imbéciles é ignorantes vividores, que respiran en esta ciudad, ponen el grito en el cielo, pidiendo la intervención del Estado...

Y toda la recua de... habitantes de Santiago opinan y dicen que el Estado tiene, como misión principal, la de defender y proteger al Capital. Y dicen que es inexplicable la pasividad del Gobierno ante las cada vez más insistentes «pretensiones obreras». Y piden que el Estado intervenga, defienda al Capital y haga bajar la cerviz á los rebeldes...

Y hay gentes que, en defensa de sus opiniones, citan innúmeros ejemplos de Europa.

Y quizá, é indudablemente, Europa puede darnos mil y mil ejemplos de intervenciones estatales en conflictos entre el Capital y el Trabajo. Pero de Europa no es sólo la gloria... Chile también es maestro en intervenciones.

Sin embargo, un país de Europa acaba de romper el viejo molde de defensa al capitalismo y acaba de declarar que se permiten *sólo* las huelgas económicas. Es decir: el Gobierno, en *defensa propia*, prohibe las huelgas que sean de carácter político; y permite, en cambio, todas aquellas que no le atañen directamente. Esto, y dejar al Capital librado á sus propias fuerzas, negarle su ayuda, exponerlo á todas las derrotas—es lo mismo.

Y sépanlo todos los diarios grandes, los respetables comerciantes, los pacíficos rentistas, y todos los imbéciles, ignorantes y vividores: el Gobierno que acaba de negar su apoyo al capitalismo, es el más déspota, el más atrasado, el más sanguinario, el más inquisitorial de Europa: el de Rusia!

¿Qué opina la recua?...

¡Oh, ironía!

La Comuna de París

Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Comuna de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del Gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los prusianos podrían apoderarse al entrar en París; pero esos fueron simples detalles.

Francia estaba desunida; era necesario que los dos elementos opuestos se agrupasen francamente uno con otro en toda la sinceridad de sus aspiraciones, en toda la rectitud de sus voluntades. Tal es lo que hicieron los comunistas de París, más conocidos, como todos los vencidos, por una denominación injuriosa, *communards*.

Las condiciones de supremo peligro en que á la sazón se hallaba París, eran á propósito para elevar los corazones: triplemente rodeada por las tropas alemanas, que ansiaban el saqueo; por las tropas francesas, que ardían en deseos de vengar las victorias germánicas con la sangre de sus compatricios, y por la masa de la nación francesa, que se hubiera lanzado voluntariamente sobre París, foco de incesantes revoluciones, la gran ciudad no podía esperar el triunfo, á pesar de la inmensidad de sus recursos. Para quien tuviera la menor noción de historia, no podía ofrecer duda el resultado fatal del conflicto.

Todos los que aclamaban la Comuna, viejos revolucionarios ó jóvenes entusiastas, sabían de antemano que estaban destinados á la muerte, y, como víctimas propiciatorias, por la nobleza de su sacrificio y por la amplitud de sus ideas, ostentaban una gravedad serena, que se reflejaba sobre la fisonomía general de París, y le daban en aquellos días de resolucion viril y de completo desinterés un aspecto de majestuosa grandeza que jamás había tenido.

Los mismos hombres enviados al poder obedecían en su mayor parte á móviles más elevados que los que impulsan ordinariamente á los ambiciosos de títulos, de honores y de influencia; también veían ante sí, pasado un plazo de algunas semanas ó de algunos meses, la inevitable derrota.

Condenados de antemano á una implacable represión, los hombres de la Comuna hubieran debido aprovechar aquel corto plazo de existencia para dejar grandes é incomparables ejemplos, para plantear, para más allá de revoluciones y contra-revoluciones, una sociedad futura desembarazada del hambre y del azote del dinero; más para iniciar semejante obra hubiera sido preciso concertarse en una voluntad común y poner en práctica un saber experimentado ya, lo que no era posible, porque los insurrectos de París representaban grupos muy discordes que forzosamente habían de obrar en sentido inverso unos de otros: unos sujetos todavía á accesos de romanticismo jacobino, otros que sólo tenían honrados intentos revolucionarios; únicamente una minoría se daba cuenta de que era preciso proceder con método á la destrucción de todas las instituciones del Estado y á la supresión de todos los obstáculos que impiden la agrupación espontánea de los ciudadanos.

En resumen, la obra del Gobierno de la Comuna fué mínima, y no podía ser de otro modo, puesto que en realidad estaba en manos del pueblo armado. Si los ciudadanos hubieran sido impulsados por una voluntad común de renovación social, la hubiesen impuesto á sus delegados; pero sólo les preocupaba la defensa; combatir bien y bien morir.

La falta principal que cometió el Gobierno de la Comuna, falta inevitable, puesto que derivaba del mismo principio sobre el cual se había constituído el poder, consistía precisamente en ser un Gobierno y en reemplazar é imponerse al pueblo por la fuerza de las cosas.

El funcionamiento natural del poder y el vértigo de mando le llevó á considerarse como el representante de todo el Estado francés, de toda la República, y no sólo de la Comuna ó división territorial de París como tomando la iniciativa de invitar á una libre asociación á otras comunas, campos, villas y ciudades. De tal modo se contagió el nuevo poder con la locura gubernamental, que se creyó obligado á entrar en relaciones oficiales con los representantes de los Estados monárquicos europeos, olvidando su origen inmediato, la rebeldía: salido del pueblo, se imaginaba pertenecer ya á otra clase, la de los dominadores; pero el pueblo hablaba también por su boca cuando publicó el decreto que abolía la quinta, rompió sus lazos con el clero, devolvió las prendas empeñadas en el Monte de Piedad y las multas y retenciones de salario á los obreros y abolió el pago de alquileres por las habitaciones. ¿No era eso ya como un principio de sociedad comunista?

En París se vió por primera vez en el mundo lo que jamás ha tenido analogía en la historia; los parisienses no odiaban al enemigo que les había tenido sitiados durante cinco meses, dejando en sus monumentos las señales marcadas con sus obuses. Los alemanes acampaban todavía alrededor de los fuertes exteriores del Este, desde Saint-Denis hasta Villeneuve Saint-Georges, y no se odiaba á aquellas gentes que ejercían por mandato su oficio de soldados.

El mundo, que tenía fijas sus miradas en París, vió con admiración que las ideas de la fraternidad de los pueblos, proclamadas por La Internacional, se habían convertido en una realidad viviente. Lo que literatos y artistas, Eugenio Pelletan (en *La Presse*) y Courbet, habían pedido en tiempo del Imperio, el derribo de la columna de Vendôme, el pueblo de París lo quería efectuar á la presencia misma de aquellos á quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita hasta entonces, los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de antiguas victorias, no para adular vilmente á los que acababan de vencerlos á su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales á los hermanos á quienes se había conducido contra ellos y sus sentimientos de execración contra los amos y los reyes, que, de una parte y de otra, conducían sus súbditos al matadero. Aunque la Comuna de París no tuviera más que ese hecho á su activo, merece ser colocada muy alta en la evolución de las edades contemporáneas.

Evidentemente, una sociedad nueva que obraba en tan completo desacuerdo con las antiguas políticas, no podía suscitar en el mundo rutinario de las clases gubernamentales más que un sentimiento universal de horror y reprobación. Los miembros de la Comuna comenzaron por limitar su sueldo á lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con sus compañeros de trabajo, dejando á sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos ú ocupaciones ordinarias.

Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar á sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite á todo militar arrogarse el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la Comuna respondió con un «decreto sobre los rehenes», que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras que la matanza de los comunalistas continuaba alegremente alrededor de París; después, durante la «semana sangrienta», en las calles y en las casas, y por fin, pasados los setenta días, en los cuarteles y en las cárceles.

El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente: en tanto que los socialistas de París, respetuosos de la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa á las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Vióse un jefe del ejército del «órden», uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse cínicamente de haber, entre los prisioneros, designando para la muerte á todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; á los ancianos, porque habían obedecido á sus convicciones, á los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Comuna, fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar á los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, á sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar á resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres!

En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto á acomodarse á las intrigas de los parlamentarios, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero «nada se pierde», y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin «la hidra socialista», los acontecimientos de la Comuna, aumentados por el eco, se propagaron á lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

ELÍSEO RECLUS.

(De *El Hombre y la Tierra*, c. XVII, t. V.)

Balance de "La Protesta"

Entradas desde el 29 de Marzo hasta el 15 de Mayo de 1908

Fondos prensa obrera.....	$ 74.20
Id. Centro Organización..	16.00
Por cuotas del Grupo.....	49.00
Por erogaciones.....	13.90
Venta de ejemp. del núm. 1...	83.40
Suma.....	$ 236.50

Solidas desde el 29 de Marzo hasta el 15 de Mayo de 1908

Impres. de 3,000 ejem. núm. 1.	$ 101.00
Costo del cliché para el mismo.	20.00
Por un timbre.....	5.00
Por 2,000 carteles.....	5.00
Por 100 fajas impresas.....	2.00
Por sellos franqueo.....	1.20
Impres. de 1,000 ejem. núm. 2.	67.00
Suma.....	$ 201.20

Resumen

Total de entradas.....	$ 236.50
Total de salidas.....	201.20
Saldo para el núm. 3.....	$ 35.30

Folletos de propaganda

Se han publicado hasta ahora los siguientes, que pueden pedirse á la redacción de este periódico:

El Ideal y La Juventud, Reclus

La Peste Religiosa, J. Most

El Absurdo Político, Paraf-Javal

Declaraciones, J. Etiévant

Trozos Literarios, varios autores

Se encuentra en prensa el folleto antimilitarista.

Patria, Guerra y Cuartel

por C. Albert.

Imp. San Diego 69